

# Un destino imprevisible

## El valor de Pepe Rodríguez Feo

Jesús Vega

EN LOS AÑOS 90, LA REVISTA *NEW YORKER* RECOMENDABA a los estadounidenses que viajaran a La Habana, una visita especial al único graduado de la Universidad de Harvard que quedaba en la Isla. Esa *rara avis* se llamaba José Rodríguez Feo. Por supuesto, muchos cumplían al pie de la letra la recomendación, y no quedaban decepcionados, pues el personaje que les tocaba conocer trascendía cualquier descripción. Aquel hombrecito delgado, canoso, con una mirada entre pícara, crítica y *mondaine*, hacía gala de un inglés perfecto, y podía hablar durante horas de cualquier tema, desde Wallace Stevens, T. S. Eliot, Cernuda o Lawrence Sterne, hasta la descripción de intrincadas jugadas beisboleras, pasando por las más recientes películas de Hollywood o el último chisme del barrio.

Lo que intrigaba a visitantes o amigos era la razón por la cual Pepe vivía en la más absoluta sencillez, rayana en el minimalismo. Bastaba llegar a su apartamento, en la misma intersección de las calles N y 27, para patentizarlo: la salita minúscula, un cuartico con dos camas individuales y un balconcito que se abría a los rumores de la vecindad, especialmente la cola interminable de la ruta 2, que tenía allí su parada «de cabecera». Allí, entre unos cuantos libros, una exigua colección de películas en video, y un par de cuadros de maestros cubanos, único remanente de una impresionante colección que donó al Gobierno, regaló, o, cuando la situación económica le obligó, entregó a una usurera neoyorquina que lucraba (y lucra aún) engañando a los intelectuales de la Isla, disfrazada de «amiga de Cuba», para que los vendiese. Allí, Pepe había establecido su reino, su castillo minúsculo, como soberano en aquel espacio lleno de fantasmas, especialmente el de Virgilio Piñera, que vivió en el apartamento contiguo. ¡Cuánta diferencia con aquel suntuoso *penthouse* de las calles 23 y 26, decorado con un mural de Portocarrero, donde,

según afirman los que le visitaron allí, recibía dentro de una especie de museo encristalado, con magníficas vistas panorámicas de La Habana!

¿Por qué Pepe decidió renunciar a todo aquello, incluso a «su Vermont», para refugiarse en aquella especie de cubil, de *garçonnière*, a ver su vida pasar? Pepe lo había visto todo, lo había probado todo. Sólo hay que leer su correspondencia con José Lezama Lima para apreciar sus múltiples viajes y contactos durante los años 40 y 50, que en buena medida comunicaron el aliento universal a la revista *Orígenes*.

Sólo un desapego ilimitado y una profunda generosidad, junto a un supremo cansancio de la vida holgada, pueden haberlo impulsado a esa decisión. En la entrevista «El arte de prescindir» (cuyo título despertó tantas sospechas al oscuro burócrata cultural responsable de su publicación, que interrumpió el proceso de impresión de la revista hasta leerla cuidadosamente, y comprobar su total asepsia en materia de «diversionismo ideológico»), aseguró que fue la visión de la pobreza, la ignorancia y el oscurantismo del campesinado que lo impresionó durante su participación en la Campaña de Alfabetización de 1961. Ese es, quizá, el punto de partida de su «toma de conciencia». Toma de conciencia que fue transformándose, con el tiempo, en una filosofía del desasimiento: «Para mí prescindir de todo es un gran lujo. Siempre he dicho que mientras menos posesiones uno tenga —y eso no es nuevo, porque lo proclaman las filosofías más antiguas, las orientales—, mientras menos poseemos, somos más felices. En parte, porque si lo pierdes todo, nada puede afectarte. Y, en segundo lugar, porque si vivimos pendientes de cosas materiales, es decir, un radio, un televisor, una camisa o un pantalón nuevo, se subordina la vida a cosas demasiado superficiales...»<sup>1</sup>.

Por supuesto, no hay que confundir ese punto de vista con un «despertar político». Pepe, al igual que otros intelectuales de su época, experimentó y sufrió el terror de las «cacerías de brujas» a consecuencia del tristemente célebre «caso Padilla», que marcó el crepúsculo de las simpatías hacia el régimen, mitigadas ya por otros hechos de represión menos conocidos, pero tan bochornosos o más. Por su homosexualidad, también fue vetado durante largo tiempo de las listas oficiales de la UNEAC, independientemente de su labor como editor, crítico y autor de las mejores antologías de cuentos que se han publicado en la historia del libro en Cuba<sup>2</sup>. Esa terrible experiencia dio un viraje total a su forma de pensar, y exacerbó su genio crítico, su iconoclasia y su oposición, en ocasiones velada, y en otras más que directa, a la autocracia, la burocracia, y la doble moral.

Como tantos otros intelectuales en desgracia, Pepe se vio condenado a «vegetar». Pero, gracias a su conocimiento del mundo, supo sacar provecho de esa hibernación forzosa y establecer un régimen de vida que le siguió hasta el fin: edición en casa, almorzar o comer fuera, ir a la Cinemateca, o a cualquier sala cinematográfica donde pudiera ver una película atrayente, leer, y escuchar su música, jugar canasta y charlar hasta el desmayo con sus amigos.

Cuando, a finales de los 80 y principios de los 90, se llevó a cabo un proceso de «rehabilitación» de los «apestados» del Quinquenio Gris, Pepe resurgió

fresco, sin rencores, amante de la vida y de sus más mínimas gratificaciones. Y en un gesto de extraordinaria generosidad, donó lo mejor de sus libros para volver a organizar una biblioteca en la UNEAC, sustituta de aquella que cerraran «por reformas» en los 70. En aquel modesto local, los jóvenes ansiosos de conocimientos encontraron un verdadero tesoro, pero, también, «la biblioteca de Pepe» sirvió de tribuna para disidentes de la UNEAC, como María Elena Cruz Varela, Jorge Pomar, Manuel Díaz Martínez o Manuel Vázquez Portal, quienes dejaban allí sus cartas plenas de diatribas contra la burocracia de la institución, las cuales se pasaban de un miembro a otro, disfrazadas dentro de las páginas de una revista o un libro voluminoso, a resguardo de cualquier mirada indiscreta.

Aquella biblioteca se transformó en su criatura, en su segundo reino, precedida sólo por «la cuevita» de 27 y N. Allí llegaba a las diez, «despachaba» con sus amigos los chismes más recientes, matizados de sátira política, que ni siquiera se interrumpían ante la presencia de algún «chivato» notorio, o del mismísimo presidente de la UNEAC. Pepe era respetado, no sólo por su personalidad o sus *boutades*, sino, también, por la valentía al expresar sus puntos de vista. Luego, se deleitaba con el exiguo «almuercito» que ofrecía la UNEAC, y, finalmente, regresaba a su casa a eso de las dos, para su «siesta», que nada ni nadie podía interrumpir. Y allí permaneció hasta que el cáncer le impidió actividad alguna, e incluso entonces, mientras pudo, se mantuvo al tanto de su funcionamiento, dando órdenes estrictas por teléfono.

Puedo asegurar que los últimos años de Pepe fueron sosegados, dedicados a los placeres mínimos de la música por CMBF, Radio Musical Nacional, algún que otro amigo extranjero con nuevos aires y noticias, los ciclos de películas de la Cinemateca, la relectura de los clásicos ingleses, norteamericanos y españoles, así como los deleites ocasionales de algún que otro restaurante en dólares, invitado por la generosidad foránea; o la fruición del menú diario de boniato con arroz y frijoles (o arroz con frijoles y boniato, para variar) servido en bandejas metálicas y cucharas retorcidas del comedor de la UNEAC.

Tales gratificaciones resultaron suficientes para contrarrestar los sufrimientos de su enfermedad, y horrores como el de la preparación de su cadáver en la funeraria, cuando Cecilita, su enfermera, y yo, tuvimos que oponernos casi violentamente a que le cosieran la boca entreabierto con una lezna mohosa de cuatro pulgadas que ensartaba un hilo de yute. O como cuando decidieron velarlo en el piso «de los dirigentes» de la funeraria de 17 y K, y hubo que esperar horas y horas hasta que el ascensor pudo funcionar, en una escena digna de *La muerte de un burócrata*, de Tomás Gutiérrez Alea, quien fue también, en su momento, otra víctima de la desidia del régimen. Pero Pepe se las ingenió para urdir una última y feliz coincidencia que mitigara brevemente la tristeza. En medio del dolor y el silencio de quienes asistimos a su funeral, una noticia corrió en voz baja por toda la sala, traída y llevada por el heraldo Reynaldo [González]: «Se acaba de escapar de la Isla Alina Fernández, la hija de...». Un chisme que habría deleitado sobremanera a aquel hombrerito quien acostumbraba decir a manera de saludo, a todo amigo que lo llamaba por teléfono: «Niño, ¿qué noticias hay?».

Lamentablemente, ya Pepe no está en Vermont ni en La Habana, destino alternativo que eligió por un azaroso golpe de dados. ¿Qué le hizo renunciar a la paz de esas colinas y esos bosques, y cambiarlos por el bullicio de una calle del Vedado? Las respuestas que dio a este interrogante no la descubren totalmente. Tampoco aparecieron entre los papeles que dejó, pues las codiciadas memorias con las que amenazó a muchos, no llegó a hacerlas, por pura pereza. Sin embargo, además de su presencia patente en *Mi correspondencia con José Lezama* y *Secretaries of the Moon*<sup>3</sup>, sus obras maestras epistolares, quedan en el recuerdo de quienes tuvimos la bendición de conocerlo expresiones como ésta: «Lo único que le pido a Dios, si es que existe, es que me deje vivir lo suficiente para ver el final de esto...».

Entre sus muchas virtudes (a las cuales no ensombrecen para nada defectos que otros quieran imputarle) están, junto a su desapego proverbial y su generosidad sin límites, su valentía y el coraje de enfrentar un destino imprevisible.

#### NOTAS

**1** Rodríguez Feo, José; «José Rodríguez Feo: el arte de prescindir»; en *Revolución y Cultura*; n.º 5, La Habana, 1991, pp. 4-9.

**2** *Cuentos norteamericanos* (1964), *Cuentos ingleses* (1965), *Cuentos de horror y de misterio* (1967) y *Cuentos rusos* (1968).

**3** Rodríguez Feo, José; *Mi correspondencia con José Lezama Lima*; Ediciones Unión, La Habana, 1989.

*Secretaries of the Moon: The Letters of Wallace Stevens and José Rodríguez Feo*; Duke University Press, 1987.



Lienzo sobre lienzo.  
Acrílico sobre lienzo, 63 x 118 pulg., 1993.